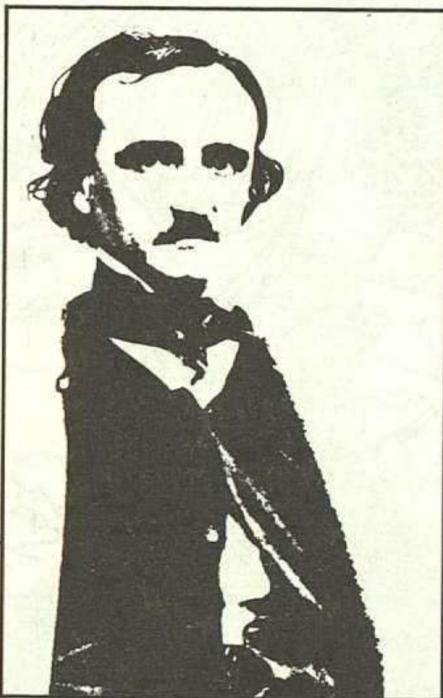


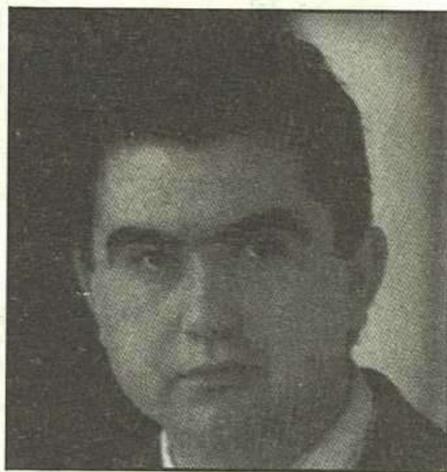
E.A. POE

Una isla de arena

por Antonio Muñoz Molina



Edgar Allan Poe.



Antonio Muñoz Molina.

El escarabajo de oro

La Isla de Sullivan es una de las más memorables que pueblan los océanos imaginarios por donde transitábamos en la primera adolescencia. También es una de las más pequeñas: una lengua de arena en la que difícilmente será posible obtener un naufragio adecuado, ya que se encuentra tan cerca de la tierra firme que ni siquiera los naufragos más voluntariosos serían capaces de extraviarse en ella. Es más bien como aquella isla casi doméstica a la que huyeron Tom Sawyer y sus amigos en

un libro que llegó a nosotros algunos años antes que *Las historias extraordinarias* de Poe, y gracias a la misma colaboración entre el azar, el ávido instinto de leer y la insigne editorial Bruguera, con la que los lectores de varias generaciones sucesivas tenemos una deuda de gratitud de la que no siempre somos conscientes. Puede decirse que entre los primeros tebeos de *El Capitán Trueno y Mortadelo y Filemón* y el *Ulises* de Joyce nos hemos alimentado sin interrupción por aquellas colecciones en las que cabía ge-

nerosamente todo. Después de los tebeos, los volúmenes de la colección *Historias*, donde nos encontramos por primera vez ya para siempre con Julio Verne, con Mark Twain, incluso con Alejandro Dumas. Y un poco después, cuando teníamos prisa por crecer y las aventuras de Verne y de Stevenson empezaron a parecernos pueriles, de la colección *Historias* pasábamos a la de *Libro Amigo*, donde ya podían encontrarse algunas novelas más bien verdes —o fuertes, como se decía entonces— y donde había un volumen en cuya portada se veía una calavera sobre la que ardía una vela: *Historias extraordinarias* de Edgar Allan Poe.

Por supuesto que fue la calavera lo que me decidió a comprarlo: yo no sabía quién era el tal Allan Poe. El enigma de la calle Morgue y la imagen lóbrega y un poco malsana del gato negro y de los pantanos que rodean el castillo de la familia Usher me sobrecogieron, pero había en ellos zonas de oscuridad que difícilmente comprendía, así que desde el principio reservé mi entusiasmo para una historia en la que pude reconocer los materiales y los mitos que me habían alimentado hasta entonces: la isla, el pergamino misterioso, el tesoro enterrado, los piratas. Ahora que lo pienso, veintidós años después de la primera lectura de *El escarabajo de oro*, tengo la sensación de que al escribirlo, Allan Poe se concedió a sí mismo el regalo de ese cuento en el que la locura es un malentendido y no un veneno para la conciencia y en el que los sueños son recompensados por el tra-

bajo de la inteligencia. Es como si también él hubiera tenido a los catorce años el deseo de poseer una cabaña y una isla y el plano de un tesoro y hubiera interrumpido durante días o semanas la misantropía alcohólica de su literatura y de su vida para permitirse un relato que termina bien. Legrand, el protagonista de *El escarabajo de oro*, es un solitario tan huraño y tan sospechoso de locura como Roderick Usher, y un razonador tan inteligente como el caballero C. Auguste Dupin, pero carece de la helada soberbia de éste y de la morbosa obsesión por la muerte de aquél. Legrand, arruinado, avergonzado de su pobreza, retirado en una cabaña miserable, aún conserva el gusto de caminar por los bosques y la atención hacia el mundo exterior de quienes, a pesar de todo, siguen amando la vida. Al contrario de la mayor parte de los héroes de Poe, Legrand no es indiferente a la amistad e incluso trata con una cierta ternura a su antiguo esclavo Júpiter, que a uno le recuerda al negro Nabucodonosor de *La isla misteriosa*. Si encuentra un tesoro no es sólo porque ha tenido la suerte de descubrir un mensaje cifrado en un pergamino y la inteligencia necesaria para descifrarlo: lo encuentra porque lo ha merecido, en la misma medida en que los protagonistas de otros cuentos de Poe merecen la locura o la desgracia.

Los libros que más le importan a uno, los que vienen acompañándolo desde hace tanto tiempo que uno ya no sabe calcular cuántas veces los ha leído, se modifican, permaneciendo idénticos, al mismo ritmo que la vida de sus lectores. De *El escarabajo de oro* que yo leí a los trece años queda inalterable la atracción de la isla y del bosque, el brillo y el peso de ese animal que no se sabe si es de verdad o si ciertamente está hecho de oro, la imagen de la calavera clavada en la rama de un árbol, el brillo del tesoro a la luz de la linterna. Lo que se descubre en la nueva lectura es ese sentimiento de que Poe se ha regalado a



ARTHUR RACKHAM, EL ESCARABAJO DE ORO, VICENS-VIVES, MADRID, 1988.

sí mismo el relato y el juego entre las averiguaciones de la inteligencia y la maquinaria invisible de la casualidad. A los trece o a los catorce años, uno creía solemnemente en el destino: si en todo este tiempo ha aprendido algo ha sido a permanecer atento a las irresponsabilidades y los milagros del azar. Así que *El escarabajo de oro* que antes trataba de unos hombres que encuentran un cofre enterrado, ahora trata, para mí, de una sucesión mágica de casualidades. Un día, un hombre decide visitar a un amigo a quien no ve hace tiempo; hace frío y en la cabaña de la isla de Sullivan está el fuego encendido. Caminando por la orilla, Legrand ha encontrado un escarabajo sin reparar en él. En un momento dado, mientras los amigos conversan junto al fuego, un perro entra

en la cabaña y gracias a su irrupción tiene lugar cierto proceso químico. Alguien quiere dibujar un escarabajo y lo que parece que ha dibujado es una calavera. Al calor del fuego, sobre el trozo de pergamino surgen de la nada unas letras que parecen escribirse a sí mismas... Si no fuera por el azar los héroes de Poe no habrían desenterrado el tesoro que escondió dos siglos antes el sanguinario capitán Kidd. Pero uno sabe que le debe al azar las mejores páginas que ha escrito y que ha leído, y que, ya sea sobre el papel o en la pantalla del ordenador, las palabras que más importan surgen tan de la nada y tan sin propósito como las que vio aparecer William Legrand en ese pergamino que había encontrado mientras paseaba por la orilla vacía de una isla de arena. ■